

QUERIDO DIARIO

HÉROES MODERNOS

5

Lesley Arfin



Querido diario

Traducción de María Alonso



ALPHA DECAY

CONTENIDO

Prólogo de Chloë Sevigny	9
Prefacio	15
El colegio (12-14 años)	21
El instituto (14-18 años)	65
La universidad (18-22 años)	153
La edad adulta (22-28 años)	213
Epílogo	257

*Este libro está dedicado a mis padres.
Por favor, no lo leáis.*



«Paz en Oriente Medio», 1992; en el colegio; representación de *El mago de Oz*; chaqueta de las Slits hecha por la misma Chloë, 1994; Nueva York, 1994.

PRÓLOGO

POR QUÉ ME ENCANTA «QUERIDO DIARIO»

Chloë Sevigny

En cuarto grado, en el patio de la escuela de primaria Hindley Elementary School de Darien, Connecticut, presencié cómo Katharine Whalen señaló a Sarah Brown y le ordenó que le atara los zapatos. Sarah obedeció, y ahí terminó mi afán por ganarme la admiración de los demás. Lloraba todos los días y le rogaba a mi madre que no me obligase a ir al colegio. Era un suplicio. Las niñas eran crueles, sobre todo las ricas. «Eres pobre, el coche de tu papá es un Honda», se burlaban. Fue más tarde, durante los años sucesivos de escuela, cuando encontré mi sitio: un estrecho círculo de amigos formado en su mayoría por hijos de padres solteros o divorciados, hijos de alcohólicos, niños nuevos, chicos malos, e inadaptados en general. Por fortuna, la vida me obsequió con un hermano mayor que había descubierto el *skateboard* y el *hardcore*, así que tuve un buen ejemplo en el que fijarme. En octavo grado, iba con medias de rayas blancas y negras y botas militares, más o menos orgullosa de mi insatisfacción. Al crecer en una ciudad tan pequeña, no tenía escapatoria ninguna, y todo el mundo se metía en la vida de los demás.

El primer año de instituto empecé a ir a clase con una íntima amiga de infancia. Se trasladó a Connecticut desde Hermosa Beach, California, y fue la peor

influencia de mi vida a partir de ese momento. La primera vez que me afeité las piernas, fue con ella; me dijo que si no lo hacía los chicos pasarían de mí. Los chicos siempre habían pasado de mí, así que pensé que no tenía nada que perder. En realidad ellos iban detrás de ella. Se había desarrollado pronto y tenía fama de calientapollas, como todas las chicas pobres con tetas grandes. Yo era su colega la patituerta, una narizotas con hierros en los dientes que se reía como una hiena. Era más rara que un perro verde y no tenía ningún atractivo. Ella fue la primera persona con la que fumé tabaco y marihuana, con la que me emborraché, con la que me escapé de casa, con la que me detuvieron en el centro comercial, con la que conduje un coche sin tener edad para conducir y con la que me metí en todos los líos posibles en el instituto. Pasamos al segundo año y ella empezó a salir con matones y a moverse por los barrios bajos. Yo me pasé al new wave y al punk. A mi hermano lo mandaron a una escuela para delincuentes, y yo heredé el círculo de gente que él dejó atrás. El primer año de instituto fue el único que de verdad disfruté, aunque echaba pestes todos los días. Me enamoré del mejor amigo de mi hermano, que estaba en último curso. Formamos una banda. Nunca entrábamos en la cafetería; nos pasábamos el tiempo sentados en la zona de fumadores, en un banco de la calle. El banco era nuestro territorio, y yo era la única persona de primer curso a la que permitían estar allí, gracias a mi hermano mayor. Los mayores eran el aglutinante que nos mantenía unidos y, cuando al año siguiente se graduaron, yo me vi más sola

que la una, sentada en la cafetería escuchando De La Soul o alguna otra cosa en mi *walkman*. Al cabo de un tiempo me eché un novio hippie que me llevaba a concentraciones de porretas en Washington Square Park. Nueva York se convirtió en mi patio de recreo, y como me caía a unas pocas paradas de tren, era una salida fácil. Enseguida empecé a hacer amigos de otras ciudades e institutos; la gente de Darien me tomaba por yonqui o por lesbiana. No se metían conmigo, pero tampoco puede decirse que fueran muy simpáticos.

Cuando descubrí por primera vez la columna de Lesley en *Vice*, reconocí de inmediato el sentimiento de angustia. Las dos crecimos escuchando el 92.7 de WDRE, las dos éramos unas rebotadas de los barrios neoyorquinos de las afueras donde nos habíamos sentido marginadas, y a las dos nos faltó muy poco para desviarnos definitivamente por el mal camino durante nuestra etapa de «chicas malas».

Me encantó *Querido diario* porque capturaba la esencia de las inseguridades de mi adolescencia y la plasmaba sobre el papel. Me pareció divertido, y un cambio renovador que se apartaba de las chorradas que uno suele encontrar, en especial en *Vice*, donde daba la impresión de que todos los artículos los escribía el mismo grupito de detestables pseudo-punks canadienses. *Querido diario* encajaba más en *Sassy* que en *Vice*, e inauguró un género nuevo, que podría llamarse «adolescente-adulto». El mero hecho de que ya no fuera adolescente no significaba que no me rigiera por algunas de las mismas normas no escritas y los miedos que todavía hoy perviven en mí.

Está claro que las historias y las trayectorias de todos nosotros son diferentes. Aunque yo sí que experimenté con drogas, no llegué a las cotas a las que llegó Lesley, gracias en parte a libros como *Pregúntale a Alicia* y a películas como *Yo, Christiane F.* A mí no me hizo falta probar la heroína para saber que no era para mí. La historia de Lesley es un tanto distinta.

Lo que me entusiasma de *Querido diario* es que representa en gran medida a todas las niñas. Todas hemos atravesado una etapa de puterío que al recordarla nos produce escalofríos. Todas intentamos ser buenas e intentamos ser malas; todas hicimos sentir a otras niñas como una mierda antes de experimentarlo en nuestra propia piel. Yo solía mentir a mis padres y decirles que me quedaba a dormir en casa de una amiga cuando en realidad lo que iba a hacer era colocarme y pasar toda la noche bailando en Manhattan. Cuando se me estropeaba el coche en la ciudad tenía que fingir que se había estropeado en el barrio, cosa que no tenía ni pies ni cabeza. A los diecisiete, da la sensación de que se acaba el mundo y de que uno es el centro de todo, pero ahora, al volver la vista atrás, me doy cuenta de que para eso somos adolescentes: para cometer errores. Por eso me encanta *Querido diario*.